

## DOCUMENTOS

### NO SE PUEDE ESCUPIR A UNA POLÍTICA EXTERIOR \*

#### Lo POLÍTICO

SE me ha pedido una opinión. Yo lo agradezco. Tal vez sea mi deber expresar mi pensamiento. Sé que puedo equivocarme en algunas cosas que diré, pero hay ciertos errores específicos que deseo evitar.

No quiero tomar parte en las luchas democráticas internas de los Estados Unidos. Para mí los errores de este país, si los ha habido, han sido bipartitas, así como los errores del Hemisferio han sido bilingües.

Luego, no puedo culpar en especial a ningún departamento del Gobierno, ni a ningún sector de la Nación. Prevalece aquí un régimen de opinión pública, bajo el cual todo ciudadano es teóricamente responsable de la política exterior del país. De hecho, la responsabilidad se divide entre el Poder Ejecutivo, el Congreso, las empresas, los sindicatos y la prensa. No necesito agregar que esta responsabilidad diluida, así como el tamaño y el papel preponderante de los Estados Unidos, hacen excepcionalmente difíciles las relaciones internacionales.

Finalmente, no tengo interés en satisfacer a los comeyanis del mundo, lo cual puede hacer cualquier persona, por poco importante que sea, cuando habla ante un Comité del Congreso de los Estados Unidos.

Considerando todos estos riesgos, de errar o de ser mal interpretado, o citado fuera de texto, tal vez sería mejor para mí no declarar. Especialmente cuando nada tengo que decir que sea muy útil, o espectacular. Pero el

\* Texto de la declaración hecha por el ex presidente de Costa Rica, José Figueres, ante el Comité de Relaciones Exteriores del Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica el día 9 de junio de 1958.

sentimiento de la Nación actualmente parece pedir que se aclaren ciertas cosas, y yo no debo negar la modesta contribución que se me pide.

Creo que los incidentes de Perú y Venezuela serán un momento crucial en la historia de las relaciones interamericanas. De momento pueden considerarse como explosiones de bombas de tiempo. Esas bombas han sido colocadas persistentemente durante un largo período y ahora explotan.

A decir verdad, algunas cosas han mejorado ya, especialmente durante los últimos dos años, en la actitud oficial de los Estados Unidos y en sus periódicos. Pero quedan los campos sembrados de minas, y recoger los fulminantes no es tarea de poco tiempo.

Como ciudadano del Hemisferio, como hombre que ha dedicado su vida pública a fomentar el entendimiento interamericano, como estudiante que conoce y estima a los Estados Unidos, y lo ha manifestado en todas partes, por hostil que sea el ambiente, yo deploro que los pueblos de América Latina, a través de unos cuantos exaltados venezolanos, hayan escupido a un funcionario digno, que representa a la más grande nación de nuestro tiempo. Pero debo hablar con franqueza, y hasta con rudeza, porque creo que la situación lo demanda: los pueblos no pueden escupir a una política exterior, que es lo que han querido hacer. Y cuando han agotado todos los medios posibles de convencimiento, el último recurso que les queda es escupir.

Con todo respeto para el señor vicepresidente Nixon, con toda mi admiración por su conducta, que fue, durante los hechos, heroica, y después esclarecida, debo aclarar que el acto de escupir, vulgar como es, no tiene sustituto en nuestro idioma para expresar determinadas emociones.

Decir esto es tal vez más doloroso para mí que para muchos ciudadanos de los Estados Unidos. Pero no hay en el mundo palabras, y sólo hay salivazos, que sean capaces de interpretar el sentimiento del pueblo venezolano cuando, recientemente, mientras hombres, mujeres y niños se desangraban en las calles de Caracas tratando de sacar a sus seres queridos de las cámaras de tortura de los tiranos y ladrones y asesinos que otorgan las fáciles concesiones petroleras, los periódicos estadounidenses tranquilizaban a sus lectores, asegurándoles que no había causa de ansiedad, porque las inversiones norteamericanas en Venezuela estaban seguras.

“No intervención”, “revoluciones latinoamericanas”, “asuntos internos”. Ni el dolor, ni las razones logran perforar esa muralla de frases acomodaticias. Por eso las gentes recurren a los escupitajos.

Tres veces en este siglo, vosotros, los civilizados del norte, habéis intervenido en guerras devastadoras, en tierras extranjeras. Y la América Latina

ha estado al lado vuestro. Os hemos creído cuando aseguráis que se lucha por la libertad de todos los hombres. Cuando vuestros hijos han muerto por la libertad, vuestro luto ha sido nuestro luto. En cambio, cuando son nuestras gentes las que se sacrifican, vosotros habláis de inversiones. Y luego preguntáis por qué escupimos.

Ahora mismo, os encontráis en una "guerra fría". Para nosotros se acabaría la fe en la humanidad si llegásemos a dudar siquiera de vuestras intenciones. Os creemos. Vosotros no sois agresores. Estáis tratando de evitar un ataque a los Estados Unidos, y al Mundo Occidental. Podéis tener razón, o no tenerla. Pero nosotros estamos con vosotros.

Pero, ¿es acaso pediros demasiado que, si estuvisteis con la causa de la libertad, en mente y en acción, en Berlín, que no es Washington, estéis también con la causa de la libertad, en vuestros juicios morales solamente, en Caracas, que es parte del huerto americano, separada solamente por la cortina de hierro de la indiferencia?

Si habláis de dignidad humana a Rusia, ¿por qué os cuesta tanto hablar de la dignidad del hombre a la República Dominicana? ¿Dónde está la intervención, o la no-intervención? ¿Es que la simple amenaza, potencial, a las libertades vuestras es más grave, en esencia, que el atropello consumado contra las libertades nuestras?

Claro, tenéis algunas inversiones en las dictaduras americanas. Las empresas del aluminio sacan la bauxita casi gratis. Vuestros generales y vuestros almirantes y vuestros funcionarios civiles y vuestros magnates reciben allí trato real. Tal como lo constató ayer mismo vuestro Senado, algunos contratistas sobornan con millones a las dinastías imperantes, para cazar en sus predios. El dinero lo deducen del pago de sus impuestos en los Estados Unidos, pero vuelve al país, y llega a Hollywood convertido en pieles y automóviles flamantes, que resquebrajan la frágil virtud de las artistas.

Mientras tanto, nuestras mujeres son atropelladas por sayones, nuestros hombres son castrados en la tortura, y nuestros profesores ilustres desaparecen téticamente de las aulas de la Universidad de Columbia en Nueva York. Cuando algún legislador vuestro llama a todo esto "colaboración para combatir al comunismo", 180 millones de latinoamericanos desean escupir.

Escupir es un acto espereñable, cuando se realiza físicamente. Pero hay también escupitajos morales. Cuando vuestro gobierno invitó a Pedro Estrada, el Himmler del Hemisferio Occidental, para hacerle honores en Washington, ¿no escupió acaso en la cara de todos los demócratas de América?

¿Cuál hubiera sido el sentimiento en los Estados Unidos si, mientras vues-

tros héroes eran diezmados en Corea, nosotros, vuestros aliados, hubiéramos invitado, para honrarlo, al jefe de la policía política soviética?

Pedro Estrada merecía una distinción, se nos dijo con candor angelical, porque su cuerpo de represión política logró mantener la paz en Caracas mientras se celebraba allí una conferencia que incluía los derechos humanos, sobre los sótanos donde gemían los torturados. Así sería fácil mantener la paz de todo el mundo, convirtiéndolo en un solo cementerio.

Mi gobierno se negó a participar en aquel evento macabro. Con ello provocamos la ira de algunos funcionarios de otros países, y las críticas de algunos periódicos nuestros "imparciales". Aquello fue en 1954, hace ya 4 años. Todavía hoy los deudos de los sacrificados sienten el deseo de escupir, y escupen.

#### LO ECONÓMICO

Me referiré ahora, señores diputados, a las relaciones económicas de los Estados Unidos con la América Latina, o, en realidad, con todo el mundo subdesarrollado.

Dios y unos cuantos norteamericanos ilustres saben bien cuánto admiro vuestras instituciones económicas, y cuánto esfuerzo hago por mantenerme al día en el avance del pensamiento económico en este país, a los niveles más altos, que poco interesan al público.

Pues bien: puedo aseguraros que, en política económica internacional, los Estados Unidos dan la impresión de estar empeñados en repetir todos los errores internos que tanto daño hicieron en el pasado, sin excluir, por supuesto, los que condujeron a la gran crisis de 1929.

Estamos cansados los latinoamericanos de señalar esos errores, especialmente en el desinterés por los precios de nuestros productos. Cada vez que sugerimos algún plan de estabilización a nivel justo, se nos contesta con frases hechas, con novedades como "la ley de oferta y demanda", con originalidades como "el sistema de libre empresa", o con insultos como "¿no les estamos dando ya suficiente dinero?"

Nosotros no estamos pidiendo regalos, excepto en alguna emergencia. No estamos escupiendo gente por dinero. Hemos heredado todos los defectos del alma española, pero también algunas de sus virtudes. Nuestra pobreza no abate nuestro orgullo. Somos gente digna.

Lo que deseamos es que se nos pague con justicia el sudor de nuestro pueblo, el jugo de nuestro suelo, cuando proveemos alguna necesidad de otro

país. Con eso nos bastaría para vivir, y para levantar nuestro propio capital, y para desarrollarnos.

Pero mientras se permita que el peso de las economías grandes incline la balanza de los precios en contra nuestra, para que sigamos vendiendo barato y comprando caro, continuaremos siendo pobres, y vosotros, los países industriales, no disfrutaréis de un mercado creciente en América Latina.

Esta injusticia contra nuestros pueblos, y esta actitud suicida contra vuestro propio crecimiento, se siguen practicando en nombre de uno de los lemas empedernidos: "comercio libre". Sin embargo, ese lema desaparece cuando algunos de los productos latinoamericanos necesitan pasar por las aduanas de los Estados Unidos.

Cada vez que tratamos de estabilizar nuestros precios a un nivel que nos permita vivir y progresar, se nos tilda de "socializantes", "rosados" o lo que esté de moda. Lo respetable es el "mercado libre," con alternativas de hambre y de fiesta para nuestros pueblos, pero con mucha más hambre que fiesta.

Pero la salsa que es buena para el ganso no es buena para la gansa. Cuando un pequeño país como Costa Rica compra anualmente \$ 5.000,000.00 de trigo a los Estados Unidos y Canadá, tiene que pagar un precio estabilizado desde hace muchos años, mediante un "Convenio Internacional del Trigo". No sería justo que nuestras gentes comieran pan barato a expensas de los agricultores nortños.

El agricultor nortamericano que produce nuestro trigo (porque nuestro país no está en latitud triguera) tal vez tendría que mandar a su hija a la universidad, a estudiar Sociología avanzada, en un simple Chevrolet, algunos años, en vez de un Cadillac, si las fuerzas ciegas de la oferta y la demanda se dejaran correr, como ríos desbordados. Eso se queda para los países pobres. Dios lo hace a uno primero tonto y después pobre.

En eso, nosotros no sentimos envidia. Ojalá que la rubia muchachita del granjero pudiera ir a la universidad en un Rolls Royce, a estudiar psicoanálisis, o rayos cósmicos. Si eso se puede alcanzar subiendo el precio del trigo medio centavo, nosotros tendremos que pagarlo.

Pero, ¿qué suelo sería este mundo si todos los niños latinoamericanos pudieran ir a la escuela primaria con zapatos! Catorce millones de hijos nuestros están creciendo hoy analfabetos. Esos son los niños de los agricultores que producen vuestro café, vuestro cacao, vuestra lana, vuestro henequén.

Pero eso no tiene importancia. Lo que importa es tener una "economía libre". Los niños son una cosa más o menos estimable, pero las frases he-

chas, las ideas petrificadas, son algo sagrado. ¡Y pensar que hay en América tantas cotorras que os halagan el oído repitiendo vuestros lemas! Entre los políticos y escritores latinoamericanos, cualquier fonógrafo barato que toca los discos de “la empresa privada”, “la no regulación de los negocios”, “las inversiones”, etc., se cree automáticamente vuestro amigo. En el ambiente hemisférico de hoy, el único pecado es pensar.

Los pueblos pobres son los corderillos en el altar de “la libre competencia”. Si los latinoamericanos no quieren ya trabajar por unos cuantos centavos de dólar por día; si nuestros empresarios desean capitalizar, y levantar un patrimonio nacional, y al tiempo diversificar nuestra economía; si nuestros gobiernos se empeñan en aumentar sus ingresos por medio de impuestos, para instalar tuberías de agua potable y construir escuelas, el África no presenta esos problemas. La nueva República de Gahna puede competir con el Brasil, cuyo “inflexible” gobierno se empeña en sostener el precio del cacao. ¡Nada hay tan venerable como “la libre competencia”, cuando los compradores son los ricos y los vendedores los pobres!

Estoy preparando un libro sobre relaciones económicas interamericanas, como parte de un estudio más general que realizan un grupo de amigos de América y Europa, sobre las causas de la pobreza de los países subdesarrollados, y sobre los posibles remedios.

Precisamente ahora vengo de Mérida, Yucatán (México), donde hice un análisis corto de la economía del Estado yucateco. Es un caso de estudio casi único. Tal vez el ejemplo más simple que se podría encontrar, porque el Estado prácticamente vive de su comercio con los Estados Unidos, y porque exporta casi un solo producto: fibra de henequén y cordeles para la agricultura norteamericana.

Encontré que las empresas yucatecas están bien manejadas, y que la calidad de su producto terminado es excelente, a pesar de que la fibra es bastante dura. Pero no conozco otro artículo de comercio internacional que esté tan “al gareté”, tan sin regulación protectora contra las fuerzas primitivas de “oferta y demanda”. Por eso es un caso de estudio interesante. Satisface perfectamente la pereza mental de las cotorras que siguen repitiendo los lemas económicos de épocas pasadas.

En la euforia del “mercado libre”, pareciera haber un entendimiento inconsciente entre los exportadores yucatecos y los compradores norteamericanos, para bajar el precio hasta el último décimo de centavo, y para determinar cuál contribuye más a la ruina de Yucatán.

Pareciera también que Yucatán se disputa con las demás comarcas pro-

ductoras, americanas y africanas, el honor de entregar a los países industriales, por la menor remuneración posible, el producto del trabajo nacional. ¡Cuántos años cometimos la misma barbaridad nosotros, los pueblos cafetaleros y cacaoeros! ¡Cuánto hemos avanzado ya en organización internacional, y cuánta lucha tenemos por delante todavía!

Visité una finca henequenera a 200 kilómetros de Mérida, como ejemplo de estudio. El propietario es un empresario eficiente.

Trabajan allí 45 hombres y 30 mulas. En el orden de prioridades de la miseria, las mulas están menos subnutridas que los hombres.

Tal vez por eso cargan más. Hombres y mulas, todos juntos, en su hermandad del hambre estabilizada, le cuestan al empresario 40 dólares diarios. Es decir, nada.

Sólo esa pequeña suma queda por eliminar, para que trabajen de gratis y no coman del todo. Sin embargo, el propietario, en mi opinión, está "des-capitalizado". Empobreciéndose él, y, por lo tanto, empobreciendo al país. La fibra vale unos míseros 6 centavos por libra. La tercera o la cuarta parte de lo que ha de valer, para que el pueblo de Yucatán pueda vivir conforme normas contemporáneas.

En cambio, cuando se necesite traer de los Estados Unidos piezas de repuesto para las máquinas, 2 operarios norteamericanos, a 20 dólares por día, ganarán tanto como los 75 seres vivientes en la hacienda.

El dueño, que es hombre culto, me decía: "*La miseria yucateca es todavía más barata que los modernísimos sistemas electrónicos.*"

Eso es una "economía libre". La libertad para hambrear es importante. Los afligidos braceros mayas llevando 100 kilos de pencas a la espalda, tienen que "competir libremente" con los semiesclavos morenos de Tanganica, y con los trabajadores forzados de la República Dominicana. Todos esos henequeneros son parte del "mundo libre."

Y ¿a quién beneficia el sacrificio? ¡A nadie! El lechero de Winsconsin, gracias a la "libre competencia", tiene el cordel para sus pacas de heno a 11 centavos por libra, puesto en Nueva Orleans. Así se economiza tal vez un milésimo de centavo en cada diez libras de mantequilla.

Luego su hijo no encuentra colocación en la fábrica de automóviles, porque los latinoamericanos no pueden comprar ni zapatos, menos aún automóviles.

Hay actualmente en los Estados Unidos 750 000 autos que no se pueden vender, porque el mercado está abastecido. Hay más de 5 millones de operarios sin trabajo.

Mientras tanto, 180 millones de latinoamericanos caminan a pie. Si los precios de nuestros productos de exportación estuvieran racionalmente regulados, nuestro mercado podría hacer trabajar a Detroit 36 horas diarias.

La baja reciente en el precio del café le cuesta a la América Latina mil millones de dólares por año, y no beneficia a nadie. Detiene nuestro crecimiento y reduce las exportaciones de los países industriales.

Ninguna "ayuda exterior," ningún préstamo de desarrollo, ninguna inversión extranjera podrán compensar jamás esa pérdida. Los caficultores ya estamos roncos de gritar. Pero hay muchos sordos en los países compradores, y también en los países productores. Y el desequilibrio mundial seguirá mientras no se nos oiga.

Volvamos a Yucatán, y a su henequén. No faltan allí industriales que digan: "Yo gano dinero, aun a ese precio". Y creen que la solución del problema está en comprar aún más barato la fibra, sangrando todavía más al productor.

Con visión corta, se consideran simples intermediarios, y no ven más que el negocio personal, inmediato.

Como resultado, la ciudad de Mérida, una de las más antiguas del Continente, no ha podido construir todavía sus sistemas de cloacas.

¿Qué ingresos puede percibir un municipio, un Estado, un país, cuando el producto del trabajo de su pueblo se regala al exterior?

Pero la mayoría de los empresarios yucatecos ya ven claro. Algunos hasta se expresan con verdadera indignación. Y esto es tal vez lo que os interesa a vosotros, señores diputados de los Estados Unidos, que me habéis honrado pidiéndome una opinión sobre las causas del descontento en América Latina.

Indudablemente los latinoamericanos somos los principales responsables de nuestro atraso económico. Repito: Dios lo hace a uno primero tonto y después pobre. Pero en honor a la verdad, me consta que cada vez que tratamos de organizarnos internacionalmente, encontramos la oposición de los Estados Unidos. Además, existen contra nosotros barreras aduanales que no podemos saltar.

De ahí viene el descontento. Los ánimos se apasionan. Los problemas se sobresimplifican. He aquí una interpretación yucateca, un tanto emocional, del fenómeno económico de hoy.

Los Estados Unidos mandan acá sus compradores, a exprimir hasta el último cuarto de centavo de la economía de Yucatán. Se llevan la fibra y los hilos, inocentemente, "al precio del mercado mundial". Éste es un cliché conocido que indica el nivel del hambre de los pueblos indefensos.

Cuando Yucatán se queja de su suerte, los Estados Unidos le recomiendan "una diversificación de la economía". ¡Es una idea original! Pero resulta que los yucatecos nunca han podido acumular el capital que se necesita para industrializarse, porque trabajan para el agricultor norteamericano (que ni siquiera lo sabe) a sueldos de esclavos.

¿Qué pueden hacer, entonces? ¿Les concederá un préstamo el EXIMBANK, esa moderna fuente inextinguible de todos los bienes humanos? Eso ya es una cuestión delicada. Depende de los "estudios técnicos", "las garantías colaterales", y otras cosas más, que impresionan al triste productor de fibras duras. El préstamo tendría que ser "auto-liquidable", "no inflacionario", etc., etc. ¡Cuánto mejores son "las inversiones privadas"! "¿Por qué ustedes no nos encomiendan el trabajo a nosotros? ¡Nuestras compañías pueden ir a establecerse en su país, y realizar todos los negocios de ustedes!"

Un yucateco fornido, mezcla de maya y español, expresó su sentimiento con una analogía vulgar, que sólo me atrevo a repetirla porque es gráfica y directa: Vas a consultar al médico, porque deseas tener hijos, y no puedes hacer concebir a tu mujer. Después de pensarlo, el médico te sugiere una solución sencilla: "¿Por qué no me dejas probar a mí?"

#### INTENCIONES CLARAS

Señores diputados: Tal vez encontraréis que critico, que hablo de generalidades, y que no ofrezco soluciones. Pero ésta no es la ocasión de ofrecer planes. En parte, porque yo tengo la milpa sembrada. En incontables discursos y escritos he ofrecido soluciones constructivas, y no rehusaré seguir colaborando. Pero principalmente porque vosotros tenéis aquí mismo, en vuestro país, a quienes son mis maestros en estas cosas: economistas y demás pensadores que saben más de lo que yo lograré jamás aprender sobre instituciones económicas, sobre mecanismos reguladores sobre la América Latina, sobre los sentimientos de los pueblos, y sobre el gran destino de los Estados Unidos como rejuvenecedores de la civilización occidental.

No menos capaces y honestos son la mayoría de los hombres y mujeres con quienes he tratado, en el Servicio Exterior de los Estados Unidos. Lo que no entiendo, lo que no entendemos los demócratas de América Latina, es algo abstracto: vuestra política hacia nosotros. La política puede ser acertada, y yo puedo estar equivocado. Pero estoy seguro de que esa política fue exclusivamente, en intención, la que quiso escupir el pueblo de Venezuela.

Repito que ninguna rama del Gobierno de los Estados Unidos, o ningún sector del país, es único responsable de la política exterior. Insisto en que los latinoamericanos llevamos buena parte de las culpas. Pero la tragedia está allí. Cuando se establece una política, todos los funcionarios tienen que seguirla, como línea de partido. Las respuestas estereotipadas tienen que seguirse repitiendo. "No intervención", "empresa privada". ¡Como si alguien estuviera contra eso! Y muchos representantes vuestros, que entienden los problemas, son personalmente superiores a la política que siguen. ¿Cómo se explica la incongruencia?

Tal vez sea oportuna una parábola de nuestro poeta del Perú, Santos Chocano, que reconstruyo con palabras mías.

*"Aquel día, Jesús había predicado varias veces, alrededor del lago de Galilea. Al anochecer, fijó su atención en la cara de un hombre que había escuchado todos sus sermones. "¿Por qué me miras de esa manera?", le preguntó. Y el hombre contestó: "Porque no entiendo." Entonces el Maestro avanzó hacia él, colocó la mano diestra sobre su cabeza, y le ordenó: "¡Entiende!" Y el hombre entendió.*

*"Aquella noche Jesús, reflexionando sobre los acontecimientos del día, maravillóse de haber realizado un milagro que no se repetiría en los siglos: el milagro de hacer entender al que no entiende!"*

Esto puede ser la clave de ciertas discrepancias que se observan entre la capacidad de algunos funcionarios y lo inadecuado de algunas actitudes oficiales. Tal vez lo que está sucediendo sea que quienes debieran entender no pueden, y quienes entienden no deben.

Ahora bien: No se sientan demasiado contentos los enemigos de los Estados Unidos, por nada de lo que he dicho ante este Comité del Congreso. Si mis juicios son nublados, si mis expresiones son ambiguas, mis intenciones son claras: esto es estrictamente una discusión de familia. Me refiero a la familia de las Repúblicas Americanas.

Tal vez en tiempos clásicos los hombres leales decían: "Con razón o sin ella, mi ciudad, mi Estado." Durante muchos siglos después, los ciudadanos leales han dicho: "¡Con razón o sin ella, mi Patria!" La época está llegando ya en que comencemos a pensar: "¡Con razón o sin ella, mi Civilización!"